

Reseña

– *La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda en América Latina: campesinos, agronegocio y neodesarrollismo*, de Cristóbal Kay y Leandro Vergara-Camus, CLACSO, 2018.

Como señalan los editores del libro, la incorporación de las reclamaciones de los movimientos campesinos fue clave en el triunfo de los gobiernos de izquierda en América Latina. Cuando el proceso se consolidó a partir de la elaboración de una nueva constitución (Venezuela, Bolivia y Ecuador), la Soberanía Alimentaria se estableció como el paradigma que debía regir las políticas agrarias del Estado. Ahora que el ciclo parece cerrado, o al menos en crisis, el libro coordinado por Cristóbal Kay y Leandro Vergara-Camus se pregunta hasta dónde llegaron esas promesas de cambio agrario y qué consecuencias han tenido. El título esboza las conclusiones a las que llegan los trabajos que componen el volumen: lejos de frenar el proceso de concentración del agronegocio (concentración que se refleja en la tenencia de la tierra, pero también en la formación de un oligopolio sobre la comercialización de alimentos e insumos agrarios), los gobiernos de izquierda acabaron fortaleciéndolo.

El libro recoge las aportaciones de un número especial en el *Journal of Agrarian Change*. En el artículo que concluye el libro, Kay y Vergara-Camus hacen un acertado resumen de siete puntos que caracterizan los casos analizados. Pero creemos que aún se puede sintetizar más. *Grosso modo*, los textos coinciden en que los gobiernos de izquierda, resultado de su debilidad política o de su limitación para diseñar modelos económicos alternativos, acabaron haciendo tres tipos de servicios al modelo agro-exportador hegemónico. Por un lado, intentaron contentar al campesinado con medidas que suponían sólo un pequeño porcentaje de los presupuestos estatales y sin llevar a efecto cambios estructurales. Por otro, han debilitado a los movimientos campesinos que los auparon al poder, ya fuera subordinándolos, ya fuera generando disensiones internas. Y finalmente, impulsaron el agronegocio mediante financiación pública y políticas convenientes.

Un concepto gramsciano que utilizan de forma explícita algunos autores (Webber en su artículo sobre Bolivia, y Vergara-Camus y Kay en el artículo

final), pero que está presente en la totalidad de los trabajos compilados, sintetiza este proceso: transformismo. Gramsci lo define como la absorción por parte de la élite de los elementos (dirigencia, discursos) que caracterizan a la oposición, hasta descabezarla y dejar sus ideas vacías de contenido. Queda por descubrir si este transformismo fue un objetivo político o, por utilizar otra idea gramsciana, resultado de alcanzar el poder institucional pero no la hegemonía. En algunos casos, la segunda opción parece incuestionable. Por razones diferentes, serían los casos de Paraguay (Ezquerro-Cañete y Fogel) y Venezuela (Purcell). En Paraguay, el gobierno de Fernando Lugo dependía siempre del Partido Liberal para gestionar el poder legislativo, y de una estructura clientelista al servicio del Partido Colorado (y del agronegocio que representa). Lugo no pudo satisfacer las reclamaciones de los movimientos campesinos, y al final sucumbió a las intrigas del sector agro-exportador. En Venezuela la debilidad no fue político-institucional, sino de la estructura agraria. Hugo Chavez se encontró con un tejido rural-agrario porcentualmente propio de países europeos y una casi absoluta dependencia de las importaciones alimentarias. Inicialmente, las políticas en Soberanía Alimentaria se sostuvieron gracias a la renta del petróleo, sin mucho éxito. Cuando los precios del petróleo se hundieron, la política gubernamental cambió el principio de Soberanía Alimentaria por el de Seguridad Alimentaria. La prioridad fue la importación de alimentos subvencionados. Esto, unido a políticas monetarias erráticas, provocaron la crisis de las propuestas campesinas que se habían impulsado en el periodo anterior. La especulación de la escasez hizo el resto.

La hipótesis de la debilidad estructural parece insuficiente para explicar los casos de Ecuador o Bolivia. En Bolivia (Webber), el gobierno encabezado por Evo Morales derrotó políticamente, en pocos años, a la oligarquía del agronegocio. Cuando podría esperarse que ese triunfo facilitaría cambios estructurales en el agro, el gobierno estableció una alianza con esa élite. A la vez, los movimientos campesinos se fragmentaron. El artículo de Clark sobre Ecuador expone cómo las políticas de Rafael Correa se dirigieron a favorecer la agro-exportación y, en el mejor de los casos, impulsar la modernización del campesinado para articularlo al mercado. A diferencia de Bolivia, el gobierno correísta ya nació con el movimiento campesino dividido: los de carácter más indígena se le enfrentaron desde el primer día, acusándolo de reformista y neoliberal; los de carácter sindical actuaron siempre como base social del gobierno.

Uruguay (Piñeiro y Cardeillac), Nicaragua (Baumeister y Martí), Argentina (Lapegna) y Brasil (Sauer y Mészáros) son analizados en términos y conclusiones similares. Deere analiza las políticas de género de los gobiernos de izquierda en relación a la propiedad de la tierra y descubre que aquellos países que tuvieron un mayor desarrollo legislativo a favor de los derechos de la mujer, con más capacidad de presionar e incidir, han sido los que tenían organizaciones de mujeres campesinas más autónomas y consolidadas. Esto

evidencia que no se trataron de graciosas concesiones de los gobiernos de izquierda.

En resumen, nos encontramos ante una excelente compilación de textos que muestran los descorazonadores resultados de la ola progresista en América Latina cuyos objetivos manifestados quedaron lejos de las políticas implementadas. El libro, además, es una publicación necesaria. Como los compiladores explican, las políticas agrarias de este periodo han sido estudiadas caso por caso, pero pocas veces se ha intentado hacer un análisis regional. Y sin embargo, las relaciones (geoestratégicas e ideológicas) entre estos gobiernos han sido muy estrechas, como también lo han sido las relaciones entre los movimientos campesinos de los diferentes países.

Habría sido interesante que los autores se hubiesen interesado más en aquellas políticas que, aun no siendo agrarias, tienen impacto en el mundo rural: vivienda, servicios de salud y educativos, bonos asistenciales contra la pobreza, infraestructuras viales,... Algunos artículos hacen mención, pero de forma marginal. Y sin embargo, muchas veces la vida cotidiana del campesino está más influenciada por estos factores que por las políticas agrarias. En estos aspectos, los gobiernos de izquierda han realizado acciones destacables. Igualmente, también habría sido interesante ver cómo algunos gobiernos animaron a la terciarización del campo. Los programas de desarrollo turístico controlado por campesinos han llenado sus agendas. El objetivo expresado era utilizar el turismo como instrumento de articulación al mercado y modernización del mundo rural. Pero habría que preguntarse si también ha sido una estrategia para contentar a sus bases campesinas, desviando la atención de sus históricas reclamaciones agrarias.

Jordi Gascón, Universidad de Lérida
jgascong@telefonica.net